

IMMANUEL KANT, ¿Qué es Ilustración?

Emmanuel Kant (1724-1804), nació, vivió y murió en Königsberg en Prusia oriental; un dato célebre de su biografía es que, igual que Sócrates, apenas salió de su ciudad natal donde se dedicó a la enseñanza. Se formó bajo el magisterio de Christian Wolff y estudió la ciencia newtoniana; durante la *primera etapa* de su actividad filosófica -que él mismo definió como dogmática-, permaneció dentro de la metafísica racionalista, pero la lectura de los textos de Hume le despertó de su '*sueño dogmático*', y de ese despertar nació su *etapa crítica*. De tal modo, en Kant convergen las dos corrientes predominantes en el XVII, racionalismo y empirismo, y su filosofía puede ser considerada una síntesis de ambas. Al mismo tiempo, nacen a partir de Kant las principales variantes del pensamiento contemporáneo: el positivismo como filosofía de la ciencia; el marxismo como continuación de la filosofía de Hegel; y el existencialismo como derivación del llamado neokantismo.

La revolución epistemológica de Kant.

Se considera el pensamiento de Kant como una síntesis de racionalismo y empirismo, por cuanto construye una justificación de las entidades metafísicas, Dios, alma y mundo, tras haber soportado la duda escéptica de Hume, esto es, superando la crítica empirista de la racionalidad. Esa superación consiste en dar razón a la crítica empirista, cuando afirma que los conceptos son vacíos si no contienen experiencia. Pero responde afirmando que toda experiencia es captada por el ser humano bajo la forma propia de la existencia humana: el ser humano elabora la experiencia sensible desde el mismo momento en que percibe los objetos en forma de sensaciones. De ese modo, Kant establece la existencia de una razón activa capaz de modelar el mundo natural según principios válidos para la vida humana.

El estudio de la crítica empirista le sirve a Kant para conseguir una definición más clara y convincente de las ideas racionales. La conclusión de las reflexiones de Kant sobre esa problemática, es que la razón sólo puede ser crítica, reconociendo los límites del conocimiento humano. Pero al mismo tiempo, establece la esperanza de que dentro de esos límites quede suficiente espacio de conocimiento como para satisfacer el alma humana, en su ambición para conocer la verdad y desarrollarse de forma omnilateral y completa.

La filosofía es crítica del conocimiento; de ahí el nombre de sus obras más conocidas: *Crítica de la razón pura*, *Crítica de la razón práctica*, *Crítica del juicio*. En la primera Kant estudia cuáles son las condiciones y los límites del conocimiento humano, intentando responder a la pregunta *¿qué puedo saber?* La segunda es una investigación acerca de los principios de la moralidad humana, inspirada por la pregunta *¿qué debo hacer?* En la tercera estudia el principio de teleología en el mundo vivo y en el ser humano, bajo la interrogación *¿qué puedo esperar?*

En alguna ocasión, Kant demostró ser consciente de la importancia histórica de sus reflexiones, afirmando que su filosofía equivalía en filosofía a la revolución copernicana en astronomía; había conseguido darle la vuelta al problema de la metafísica clásica, que estuvo siempre centrada en la investigación del objeto de conocimiento, mientras que Kant dirigió la reflexión hacia el sujeto del mismo. Incluso los empiristas no entendieron bien esta cuestión; pues a la idea de que '*nada hay en el intelecto, que primero no estuviera en los sentidos*', Kant añade: *excepto el intelecto mismo*. Eso significa que la sensación no es el elemento último al que llega el análisis reductivo – como pretendían Berkeley y Hume-, pues la sensación está ya determinada por la *forma*

en que los sentidos la recogen de los objetos mundanos. Por eso, lo que conocemos del mundo no son sensaciones aisladas e individuales, sino el *fenómeno*, que consiste en un complejo indescomponible de sensaciones e ideas, compuesto por: a) las sensaciones tal como son percibidas por el ser humano, b) luego clasificadas por el entendimiento dentro de una interpretación del mundo ya establecida *a priori*, y c) finalmente valorada por la conciencia según un sistema de finalidades ideales.

Pues la sensación, que es propiamente la incidencia de los objetos del mundo natural sobre nuestros sentidos corporales, no existe sin esos sentidos, los cuales a su vez sólo existen como funciones de un organismo vivo, que tiene unas finalidades como tal organismo. Además se trata de un ser humano, cuya existencia se desenvuelve en sociedad, sin la cual no puede existir como humano y que le da un marco comprensivo de la realidad en la que vive. La estructura del organismo vivo y la participación en la vida social determinan cómo percibimos los objetos y la forma en que conocemos el mundo.

Por lo tanto, para entender el proceso de conocimiento hace falta estudiar el sujeto del mismo, saber en qué consiste el complejo humano que conoce la realidad. Kant intenta determinar qué existe *a priori* en el sujeto del conocimiento antes de la experiencia, y llega a la conclusión de que lo que existe *a priori* es la *forma* del conocimiento humano, mientras que la experiencia del mundo pone el *contenido* del mismo.

Es, sin duda, un descubrimiento revolucionario en sí mismo, si bien pudiera discutirse la forma en que Kant interpreta ese sujeto humano del conocimiento y su manera de establecer en qué consiste exactamente la experiencia. Pues Kant –continuando con algunas ideas racionalistas– afirma que el espacio y el tiempo no tienen realidad en sí mismos fuera de la intuición humana del mundo, o al menos no sabemos cuál es su realidad, cómo existen fuera de esa intuición. Tiempo y espacio son *formas puras de la sensibilidad* humana; no son objetivos sino subjetivos, constituyen los parámetros en los cuales está sumergida la experiencia humana y sin los cuales no es posible ninguna percepción sensible. Toda sensación se produce dentro de esas formas puras, siendo el espacio la forma de los sentidos externos y el tiempo la forma de los internos.

Del mismo modo, el entendimiento humano está compuesto de *categorías* que sirven para clasificar la experiencia, haciéndola de ese modo comprensible. Para establecer las categorías Kant recurre a los doce tipos de juicios lógicos, agrupados en cuatro clases, juicios de cantidad, cualidad, relación y modo. Las doce categorías o conceptos puros del entendimiento, que pueden deducirse de los juicios lógicos son: unidad, pluralidad, totalidad; realidad, negación, limitación; inherencia-subsistencia, causalidad-dependencia, comunidad-interacción; posibilidad-imposibilidad, existencia-inexistencia, necesidad-contingencia. Las categorías son formas *a priori*, por lo que son universales; y son *puras*, no tienen ningún contenido, pues el contenido lo pone la experiencia; pero sirven para hacer posible la ciencia, sin ellas no sería posible un conocimiento racional de la realidad.

Finalmente, la organización de las categorías y su uso en el conocimiento de la realidad viene regulada por la *razón*. La razón contiene los ideales de la humanidad, pero no puede establecer la realidad del mundo empírico –no se debe confundir el mundo del deber que está puesto por los ideales, con el mundo del ser que viene dado por la experiencia sensible–. Cuando la razón pretende dictar las leyes que regulan los fenómenos, se encuentra siempre con antinomias y paradojas irresolubles, –se puede demostrar, por ejemplo, al mismo tiempo que el universo es infinito y que no lo es–. El verdadero papel de la razón es establecer los ideales que rigen la práctica humana.

De esa explicación se deduce que el ser humano no puede conocer cómo es la realidad en sí, aquello que Kant llama el *noúmeno*, sino que sólo conocemos la realidad tal como es percibida por nuestros sentidos, el *fenómeno* de la experiencia, las sensaciones encasilladas en las formas de la sensibilidad, espacio y tiempo, e interpretada por las categorías del entendimiento. No se puede dar una experiencia sin la aplicación de las formas puras *a priori* de la sensibilidad; ni se puede producir un conocimiento que no sea la aplicación de las categorías del entendimiento a la experiencia sensible filtrada por las formas *a priori* de la sensibilidad.

El idealismo trascendental

El sistema kantiano es conocido como *idealismo trascendental*. Consiste en reconocer la validez de la crítica empirista, al afirmar el carácter vacío de las ideas metafísicas en lo que respecta al conocimiento de la naturaleza; según los empiristas, todo saber humano sobre el mundo debe estar conectado con la experiencia y, por tanto, *la metafísica no es una ciencia*, ni aporta conocimiento sobre el mundo. Pero al mismo tiempo que reconoce esos límites de la metafísica, el idealismo trascendental de Kant restaura su validez, pues le asigna el papel de elaborar los ideales de la razón. El tipo de saber que aporta la metafísica se refiere a los objetivos de la acción humana en el mundo, y su misión es dar un sentido racional a la historia. Y son esos *ideales de la razón* los que hacen posible la existencia de un sujeto humano, que se enfrenta activamente a la naturaleza transformándola en un mundo habitable y humanizado. Pues según el empirismo, la capacidad de juzgar y valorar queda reducida a los apetitos formados por mecanismos biológicos de placer y dolor, si bien Hume reconocía que éstos están modelados a través de la educación por la opinión pública y el sentido común. Kant, sin embargo, quiere encontrar una fundamentación más sólida a la moral humana, en un mundo de ideales y valores con una realidad propia; ese universo subjetivo, en el que se forman los deberes que dirigen la conducta moral humana, es *trascendental*, está más allá del mundo empírico. De ese modo, se da una mayor relevancia a la subjetividad humana, como garantía de un comportamiento moral. A través de su razón, el sujeto tiene la capacidad de establecer los principios de su conducta y juzgar la realidad según sus propios ideales. *La autonomía del ser humano* respecto de la naturaleza, se construye a través de los ideales trascendentales que la razón descubre en sí misma; y por esa autonomía, el ser humano es libre.

La moral kantiana

La razón es el mundo de ideales y valores que se forma en la existencia social de la humanidad –lo que debe ser-, y por tanto no tiene nada que decir en la explicación del mundo fenoménico –lo que es-; la aplicación de la razón se hace en la práctica moral humana. Kant construye una ética *autónoma* fundada en la libertad; el ser humano es libre o autónomo cuando rige su vida por principios independientes del mundo empírico y por tanto *a priori*. Las normas que rigen una ética tal son incondicionadas, *imperativos categóricos* que tienen validez por sí mismo. En cambio, considera que todas las éticas que se habían construido antes que la suya eran *heterónomas*, pues buscan la felicidad persiguiendo objetos externos al ser humano y que éste desea. Por lo que proponen normas condicionales o *imperativos hipotéticos*. La moral kantiana pone el imperativo categórico como norma moral suprema, cuyo carácter formal expresa la autonomía moral del ser humano y la suprema dignidad de la persona, como sujeto moral de sus actos que establece sus propios fines: *obra de tal modo que uses la humanidad, tanto en tu propia persona como en la persona de cualquier otro, siempre a la vez como un fin, nunca simplemente como un medio*. Del

mismo modo, en otra formulación el imperativo categórico afirma la universalidad e igualdad de hombres y mujeres, en cuanto seres autónomos y partícipes del reino de los fines o ideales humanos. El imperativo categórico nos ordena actuar según una norma que pueda convertirse en ley universal.

Sin embargo, ese principio moral es puramente formal de modo que su aplicación práctica en la conducta humana queda indeterminado. De modo que nuestra auténtica personalidad libre queda desconocida para nosotros mismos. Es un *noúmenos* en la terminología kantiana. Nada nos garantiza que estemos acertando al tomar una decisión que quiera fundarse en el imperativo categórico. Porque, o bien nos dejamos arrastrar por los deseos de nuestra personalidad empírica, el yo que conocemos y que se nos manifiesta a través de sentimientos y emociones; o bien nos desviamos hacia un rigorismo moral de carácter ascético que exige demasiado de nuestras fuerzas personales. Ese doble peligro parece presentar un conflicto interno que sólo se puede conciliar por una meditación consciente en busca del equilibrio personal, tomando en cuenta los datos de la propia biografía; pero que sin embargo nos nada garantiza que pueda resolverse. La solución que nos presenta Kant a esa situación de incertidumbre es la confianza en que al fin y al cabo la buena voluntad que empleamos en alcanzar objetivos buenos y morales tendrá su propia recompensa en sí misma, aun equivocándose. Sólo confiando en que al buscar la libertad cumpliendo con nuestro deberes podamos alcanzar la felicidad, nos pondremos manos a la obra en la tarea moral que constituye el eje central de nuestra vida humana. El *Sumo Bien* de la persona es para Kant la coincidencia de la libertad y la felicidad, y el Sumo Bien de la humanidad el sumatorio de los bienes personales de todos y cada uno de los seres humanos. Y es aquí donde Kant, que se había educado dentro del pietismo protestante, encuentra sentido a la religión; concibe a Dios como la garantía o esperanza de que, cumpliendo con sus deberes y obligaciones, la persona humana alcanzará la felicidad; Dios, el Sumo Bien, es así un principio o ideal de la razón. Y aquí encontramos otra nota del republicanismo kantiano, en el carácter laico de su concepción de la religión como culminación de la moral, y no al revés como se había entendido tradicionalmente, la moral como consecuencia de la religión. Por eso, sin renunciar a unas profundas convicciones morales sustentadas por el reconocimiento que le merecen los sentimientos religiosos, tal como se nos muestra en *La religión dentro de los límites de la razón*, Kant pone a la razón, entendida en sentido ilustrado, por encima de la fe religiosa y señala que la verdadera religión es universal.

El ideal de Progreso

El significado de esa reflexión kantiana consiste en descubrir la tarea de la razón: se trata de establecer un orden consistente en el mundo de los valores e ideales que gobiernan la conducta humana y que anuncian el mundo del futuro; esa es la función de la razón y la misión de la metafísica. La importancia de esos ideales no puede disimularse: son ellos los que mueven la práctica humana, ciñéndola dentro de la vida moral, que pasa a ser así el núcleo de la personalidad del ser humano. Y a través de esa práctica, *los ideales de la razón conducen la historia hacia el perfeccionamiento de la especie humana en el mundo terrestre*. En resumen, la investigación de Kant consiste en señalar los límites irrebasables de la metafísica, asignándole el único -pero esencial- papel de investigar el mundo de ideales y valores que la humanidad construye racionalmente a lo largo de su historia.

Esa explicación kantiana de la razón queda rematada por una teoría del *Progreso* de la Humanidad hacia su perfección, y es por esto que su reflexión es la culminación de la Ilustración. En su vejez Kant trabajó sobre la filosofía de la historia -o como prefería

decir una 'historia filosófica'-, que fundamentaría la idea de Progreso. El desarrollo humano se funda en su naturaleza, cuyo rasgo característico es la *libertad*: la conducta humana no está sometida a instintos fijos que constituyen su esencia animal, sino que puede modificarse según metas y objetivos que se fija conscientemente; de ese modo, puede transformar la naturaleza, superando los condicionamientos que le dan origen. Por tanto el progreso es tanto moral como material y sin el desarrollo moral no es posible el avance material.

Entre los opúsculos que tratan el tema del Progreso destaca el conocido como *¿Qué es Ilustración?*, pregunta a la que responde con la afirmación, *ilustración es la salida de la minoría de edad*. Los seres humanos necesitan apoyarse en la fe mientras permanecen en su infancia espiritual. La confianza en un Ser Supremo es una garantía contra la inseguridad y el miedo, y la idea de Dios les ayuda a progresar cuando sus fuerzas son todavía débiles y sus capacidades están poco desarrolladas. Además las personas necesitan apoyarse en ritos y símbolos religiosos para formarse como entidades morales. A través de esos ritos y símbolos se forma una unanimidad social necesaria para la cooperación, unanimidad que puede resultar artificial, y que en otras ocasiones es insuficiente para las necesidades de una sociedad moderna. De ese modo la sociedad es tutorizada por el clero, que establece lo que se debe hacer y cómo hay que pensar. Pero el ser humano llega a la mayoría de edad cuando puede prescindir de las imposiciones dogmáticas y se dedica a pensar por su propia cuenta, aún a riesgo de equivocarse: *Sapere aude!*, '*atrévete a saber*' es el lema de la Ilustración.

Para alcanzar el progreso sobre la base de la razón, no se necesita más que la más inocua y simple de las libertades, la libertad de expresión, la posibilidad de exponer las propias ideas sin cortapisas, y sin que eso signifique faltar a los deberes y obligaciones que competen a cada cual. Kant llama uso público de la Razón, a la facultad de expresar libremente las propias opiniones ante un público de lectores; en cambio, llama uso privado de la razón a la capacidad para desempeñar una determinada función o trabajo en la producción de la sociedad humana. Para ilustrarse, las personas necesitan que el uso público sea ejercido sin limitaciones; en cambio el uso privado debe ser estrechamente limitado.

Kant saludó la Revolución Francesa como la realización del programa *emancipatorio* del género humano, como la consecuencia de la Ilustración y el amanecer de una nueva sociedad. Pero acabar con el despotismo no produce el milagro de la ilustración, es tan sólo el inicio de un proceso de educación del género humano por sí mismo que conducirá finalmente a una sociedad ilustrada: la revolución permite remover los obstáculos que impiden la mayoría de edad de la humanidad. La revolución es comprendida como el acontecimiento histórico que pone en marcha la historia futura de la humanidad, proclamando la libertad, igualdad y fraternidad de todos los seres humanos.

Por eso se ha dicho alguna vez, que Kant le cortó la cabeza a la metafísica, como Robespierre le había cortado la cabeza a la monarquía absoluta. Y queda claro, entonces, por qué entre los Ilustrados, Kant sintió devoción por Rousseau; es sabido que su cuarto albergaba una reproducción del busto del filósofo ginebrino. Como consecuencia de esa devoción, su idea del progreso humano estaba matizada por las observaciones acerca de la alienación humana que podemos encontrar en el *Contrato Social*, en el sentido de que la disipación de las costumbres es una amenaza constante para la sociedad. Un peligro que se debe combatir mediante una buena legislación que limite la decadencia social producida por la pérdida de la virtud entre los ciudadanos.

En esa convicción se manifiesta el republicanismo de Kant, quien también escribió en *La paz perpetua*, una constitución universal que traería una convivencia sin conflictos bélicos al género humano. Sólo la república es un sistema político capaz de traer la paz a la humanidad, pues sólo la república es un orden social fundado en la moral y la virtud de los ciudadanos. Tanto los sistemas liberales como los autoritarios se basan en la búsqueda de la felicidad a través del placer y la satisfacción de los deseos, sin considerar el carácter absoluto de la dignidad humana; en cambio la moral republicana es capaz de poner el bien común por encima del interés egoístas de los individuos aislados, pues se funda en la concepción clásica de que el bien privado coincide con el bien público.